
7. Sacrificio de negros al inicio de la conquista de México

Enrique Martínez Vargas (Centro INAH Tlaxcala)
Ana María Jarquín Pacheco (Centro INAH Tlaxcala)

El sacrificio humano en Mesoamérica ha sido percibido con desagrado y miedo, como una costumbre salvaje desde el punto de vista occidental, sin embargo al contextualizar su práctica dentro de la cosmovisión y filosofía de los indígenas mesoamericanos se transforma en un acto ritual, que permitía a indígenas participar en la regeneración de las fuerzas sacras de la sobrenaturaleza y conjurar los peligros que asechaban a su sociedad. Los sacrificados eran dignificados como fuente de vida y equilibrio, considerados, al colocarles los atavíos respectivos, imágenes vivientes de los dioses que permitían la existencia de los hombres y el mantenimiento de su universo.

Tal costumbre era parte de una celebración colectiva, que se realizaba en los momentos en que la tensión vital de las sociedades estaba al máximo (Eliade, 1997:316) con un sentido simbólico bastante complejo, ya que recreando aspectos de su bagaje mítico se alimentaba a las deidades con la sangre vertida por los sacrificados, que trascendían al ámbito sagrado. Su hábito tenía antecedentes ancestrales y sustento mítico, ya que se inició en tiempos tempranos de la cultura mesoamérica, se tiene información arqueológica sobre su práctica desde el período Formativo, aunque cabe la posibilidad de sus raíces fueran más remotas.

La perspectiva política del sacrificio humano también es importante de destacar, ya que mediante su ejercicio se estaba reconociendo el poder del grupo vencedor, el cual había obtenido a través de la protección de los númenes la facultad de quitar la vida a los vencidos, recibiendo a cambio además de prestigio, poder político y la posibilidad, entre otras, de establecer nuevas alianzas, ampliar su área de dominio y obtener mayores beneficios económicos. Cabe considerar además, el valor y beneficio que tenía en las mismas sociedades en que se realizaba su dramatización, para los sacerdotes y especialmente para los gobernantes, ya que el manifestar el poder del manejo y control de “los signos, los elementos, y la naturaleza; los hombres y la sociedad” (Balandier, 1994) generaba obediencia, debido al poder que exponían los participantes directos.

La escenografía que acompañaba al acto ritual de comer la carne de los cautivos sacrificados, estaba destinada a impresionar e inspirar temor a los amigos y enemigos que acompañaban al acto de comer a los dioses. La esencia del *Teocualo* era sin embargo ingerir la carne de los enemigos cautivos para integrarlos en sí, considerando que su esencia humana se había trasmutado en divina por medio del acto sacrificial. Su práctica no era una forma alimenticia de los pueblos mesoamericanos, por el contrario era un acto de carácter simbólico mediante el cual se buscaba estrechar los lazos con algún dios en específico, obteniendo a cambio algunos beneficios. Los indígenas destinados al sacrificio tenían la misma concepción cosmogónica que sus captadores, sin embargo se dieron casos en que los sacrificados pertenecían a otras razas y tenían un bagaje cultural diferente.

Tal es el caso de los miembros de la caravana, formada por extranjeros e indígenas aliados, que a principios de julio de 1519 fue capturada por indígenas acolhuas en la región de Calpulalpan, Tlaxcala. Los prisioneros y sus propiedades fueron elementos centrales en los rituales de las fiestas de varios meses del calendario religioso náhuatl, de acuerdo al modelo establecido. El motivo de la acción no fue un castigo o venganza por su presencia, se les dio el tratamiento

dispuesto para los cautivos de guerra sin ningún tipo de discriminación, por el color de la piel o rasgos de algunos de los capturados.

Destacaban entre los cautivos personas de raza negra, las cuales posiblemente llamaron la atención de su captores debido al color oscuro de su piel, lo que no era extraño para los indígenas, ya que en algunas de las festividades el cuerpo de varios de los participantes era pintado de negro para poder efectuar determinados rituales, por ejemplo en la fiesta de *Xócotl Huetzi*. En la imagen que acompaña la descripción que hace Sahagún de la festividad indicada en los *Primeros Memoriales* (Jiménez Moreno, 1974, lámina 2, figura 10) se observan personas con el cuerpo pintado de negro, suponiendo que era parte de lo establecido.

El destino final de los capturados era casi desconocido hasta hace un tiempo, por algunas fuentes históricas se sabía que habían sido capturados en un mal paso y sacrificados luego en algún lugar cerca de Texcoco. No obstante esa situación, con los resultados de las excavaciones en el sitio de *Zultépec-Tecoaque* se pudo identificar a los captores y el asentamiento adonde fueron llevados e inmolados, además de conocer la forma del sacrificio y los rituales a lo que fueron sometidos.

7.1 Datos históricos

Hernán Cortés salió de Cuba en febrero de 1519, acompañado de españoles e indígenas de las islas caribeñas, además de algunos negros y mestizos. Se conoce la lista de las personas que lo acompañaban por la información que plasmó Riva Palacio en su obra *México a través de los siglos* (1982: tomo II: 383-386) en la cual señala que alguna información fue retomada de la *Historia* de Orozco. No se conoce con exactitud el número y datos de los negros que llegaron a la Nueva España, en la lista se habla de la presencia de Juan Cortés, del que se indica era negro y esclavo de Cortés, de allí su apellido.

Respecto al mismo tema de las Casas en su *Historia de las Indias* (1995, tomo III: 227) al relatar las acciones de Cortés en la isla de Cuba, indica que partió llevando consigo quinientos cincuenta hom-

bres europeos, doscientos ó trescientos indios e indias, ciertos negros que tenían por esclavos y doce o quince yeguas y caballos. En la lista mencionada se incluyen los nombres de cinco mujeres: Doña Marina, Beatriz Hernández; María de Vera; Elvira Hernández; Beatriz Hernández, hija de la anterior; Isabel Rodrigo; Catarina Márquez; Beatriz Ordáz y Francisca Ordáz, es posible inferir la presencia de mujeres negras como acompañantes de las hispanas.

Después de recorrer el litoral de Yucatán llegó Cortés a las costas de Veracruz, en donde desembarco en abril del mismo año, luego de pacificar a los pueblos comarcanos y fundar la Villa Rica de la Veracruz, en el mes de agosto inició su viaje a *México-Tenochtitlán*. Con el aposentamiento de los hispanos y de sus aliados en la capital de los mexicas en noviembre de 1519, se desencadenaron las reacciones más contradictorias entre los naturales. Algunos pueblos atemorizados aceptaron la voluntad de sus dioses y con ella la presencia de los hispanos y de sus aliados. Otros grupos por el contrario, con el fin de defender su mundo ancestral, se organizaron y decidieron enfrentar a los europeos.

En el mes de mayo de 1520, estando Cortés en la capital de los mexicas se enteró, a través de indígenas vasallos de Moctezuma, de la presencia de españoles en la costa de Veracruz y toma de la Villa Rica por gente bien armada bajo el mando de Pánfilo de Narváez, enviado por Diego de Velázquez, Gobernador de la isla de Cuba, con instrucciones de capturar a Cortés y mandarlo a España para enjuiciarlo (Cortés en Lorenzana 1981, tomo II: 115-118). Ante las exigencias de Narváez, algunos pueblos se habían levantado y refugiado en la montaña, esperando la llegada de Cortés, otros por el contrario se aliaron con Narváez dándole todo tipo de tributos.

Riva Palacio (*op. cit.*, tomo II: 402-404) transcribe la lista de la gente que venía con Narváez, retomada también de la obra de Orozco. Además de los hispanos e indígenas caribeños comenta que venía un negro llamado Juan Garrido, menciona a otro negro al que llama Guidela, indicando que era truhán de Narváez. Aunque se señala la presencia de sólo dos personas negras, es posible que vinieran más

de ellos en el grupo en calidad de servidores. También venían tres españolas: María de Estrada; Beatriz Bermúdez de Velasco y Juana Martín, además de Beatriz Palacios, de la que indica era parda.

Preocupado Cortés por la presencia de españoles procedentes de Cuba organizó su viaje a la costa, dejando a Pedro de Alvarado al mando de su gente. Después de hablar con *Moctezuma*, quien le dio garantías de seguridad en su viaje y para los que se quedaban, salió rumbo al litoral para entrevistarse con Narváez. Señala que fue imposible por ninguna vía hablar con el enviado de Velázquez, por lo que ordenó a Gonzalo de Sandoval que lo prendiera en *Cempoala*. Capturado Narváez y después de tranquilizar las cosas, relata Cortés que tuvo noticias de *México-Tenochtitlán* de que los indígenas se habían levantado y tenían sitiados a los hispanos y a sus aliados, de prisa se reunió con el resto de la gente que tenía disponible en Tlaxcala y de allí salió rumbo a la capital de los mexicas (Cortés en Lorenzana, *op. cit.*: 131).

El día de San Juan, 24 de junio de 1520, entró Cortés sin mayor problema a la ciudad de *México-Tenochtitlán* hasta sus aposentos, quedando sitiado con el resto de su gente. Después de un asedio de varios días y de escapar en la llamada “noche triste”, llegaron los españoles a Hueyotlipan, Tlaxcala, en donde recibió ayuda de los tlaxcaltecas. Se enteró en este lugar Cortés de la muerte de un criado suyo y de los miembros de una caravana, que rumbo a la capital llevaba enfermos y propiedades suyas:

é supe como había venido otro criado mió de la Villa de la Vera-Cruz, que traía mantenimientos, y otras cosas para mi, y con él, cinco de a caballo, y cuarenta, y cinco peones, el qual había llevado asimismo consigo á los otros, que yo allí había dejado con toda la Plata, y ropa, y otras cosas, así mías, como de mis compañeros, con siete mil Pesos de Oro fundido, que yo había dejado allí en dos cofres, sin otras joyas, y mas otros catorce mil Pesos de Oro en piezas, que en la provincia de Tuchtebeque se habían dado á aquel Capitán, que yo enbiaba á hacer el Pueblo de Quacucalco, y

otras muchas cosas, que valían mas de treinta mil Pesos de Oro, y que los indios de Culúa los habían muerto en el Camino a todos, y que tomado lo que llevaban (Cortés en Lorenzana, ibidem: tomo II: 150).

Indica el mismo Lorenzana en nota al de página que el lugar de la captura de los miembros de la caravana fue *Zultépec*:

Es el pueblo de Zultépec antes de el que estaba escrito con carbón "Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan de Yuste" que es el que aconsejo á Narvaez, que prendiese a Juan Velazques (ibidem. T. III: 206).

Aunque no cita la fuente de donde obtuvo la información, lo señalado fue un dato muy importante para contrastar con los datos arqueológicos.

Riva Palacio (*Op. Cit.*: 425-426) en relación al mismo suceso indica que en el lugar en donde capturaron a los miembros de la caravana habían matado a Juan Yuste y a los enfermos que venían con él, con un total de sesenta y dos españoles, cinco mujeres castellanas y a un hijo de *Maxixcátzin*, Señor de *Ocotelulco*, Tlaxcala. Destaca además que les habían quitado el oro que habían recogido en *Cempuállan* y matado también a Juan de Alcántara y tres vecinos de la Villa-Rica.

Después de haber pacificado la provincia de *Tepeaca* y otros lugares, Cortés regresó a Tlaxcala e inició la conquista de *México-Tenochtitlán*. Llegó a Texcoco el último día de diciembre de 1520, en el camino le habían detenido unos indígenas acolhuas y le ofrecieron, como muestra de paz y de la aceptación de su vasallaje, un estandarte de oro. Aunque aceptó el presente, recombino el conquistador a los indígenas, debido a que les dijo que a unas cinco o seis leguas de la ciudad de Texcoco, ciertas poblaciones sujetas a ellos les habían matado cinco de a caballo, cuarenta y cinco peones y más de trescientos indios tlaxcaltecas, que además les habían tomado plata y oro, ropas y otras cosas, urgiéndoles a que se las regresaran so-pena

de proceder contra de ellos con todo el rigor (Cortés en Lorenzana, *op. cit.*: tomo III: 189).

Aposentado Cortés en Texcoco y ante la necesidad de traer los bergantines para la toma de *México-Tenochtitlán*, envió a Gonzalo de Sandoval con quince de caballo y doscientos peones a asegurar el camino y que de paso:

destruyese, y asolase un pueblo grande, sujeto a esta ciudad de Tesaico, que linda con los Terminos de la Provincia de Tascatecal, porque los naturales de él me habían muerto cinco de Caballo y quarenta y cinco Peones, que venían de la Villa de la Ver-Cruz (Cortés en Lorenzana, *ibidem*: tomo III: 205-207).

Relata Cortés que hallaron en los templos de Texcoco, en calidad de ofrenda, los cueros de los cinco caballos, ropas y cosas de los españoles, así como la sangre de los que habían sido sacrificados, por su parte Díaz de Castillo (1982) indica que fue en el pueblo que llamaban “morisco” en donde encontraron los cueros y cosas de los españoles.

Al presentarse hispanos y sus aliados al sitio sus pobladores comenzaron a huir, los españoles los alcanzaron y mataron a la mayoría, a los que no murieron los hicieron esclavos, dándoles por asentamiento el poblado del actual San Felipe Sultépec. Desde ese momento el antiguo asentamiento quedó abandonado y fue conocido como *Tecuaque*, que es la denominación que mantuvo hasta hace unos años, cuando al nombre tradicional se le agregó la denominación original quedando como *Zultépec-Tecuaque*.

7.2 Datos arqueológicos del Entierro # 30

En 1990 se inició el proyecto arqueológico “Influencias en las épocas Clásica y Posclásica en la zona de Calpulalpan, Tlaxcala”, con el objetivo de definir la secuencia ocupacional del área y conocer los

procesos que se dieron en la región durante su desarrollo histórico. Los trabajos se iniciaron en el sitio de *Tecuaque* (véase figura 7.1) ubicado en el Municipio de Calpulalpan, lugar en donde se habían realizado algunas excavaciones arqueológicas en los años 60.

Durante las exploraciones del asentamiento se observó la presencia de objetos de manufactura europea en contextos ceremoniales prehispánicos, además de una cantidad importante de entierros con huellas de cortes y evidencia de desmembramiento. Algunos

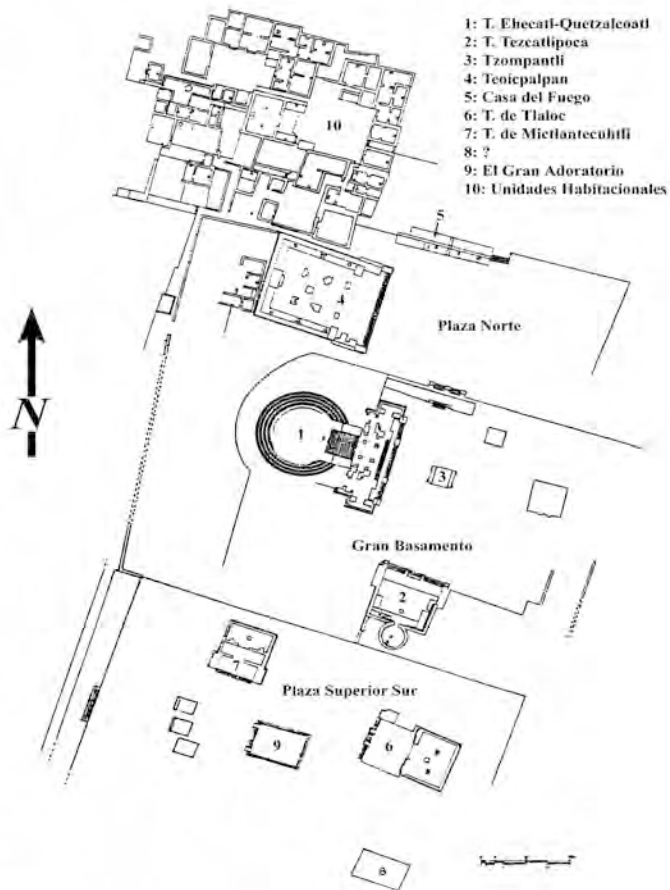


Figura 7.1: Plano general de Zultépec-Tecuaque, Tlaxcala (Vargas y Pacheco).

de los restos óseos no presentaban las características morfológicas de los indígenas mesoamericanos, habiéndose concluido que correspondían a etnias diferentes a las de mesoamérica. Inicialmente los trabajos antropofísicos estuvieron bajo la responsabilidad del Antropólogo Mario Ríos R. del INAH, actualmente coordina los trabajos el doctor Carlos Serrano S. (1997-2002) del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

Los entierros presentaban evidencias de sacrificio, se localizaron en la plaza superior tres del sitio, al lado sur del templo dedicado a *Tēzcatlipoca* y al norte del de *Tláloc*, bajo una capa de tierra, en un espacio rectangular de ocho metros por seis metros con cantidad considerable de ceniza fina, que correspondía a los vestigios de una hoguera.

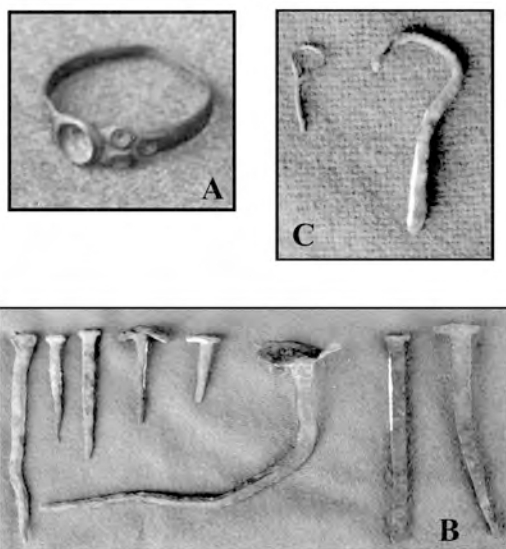


Figura 7.2 a, b y c: Objetos de manufactura europea localizados en contextos rituales Prehispánicos (Foto Vargas y Pacheco).

El estudio de muestras de ceniza de la hoguera realizado por la Maestra Susana Xelhuatzi L. del laboratorio de Paleobotánica del INAH, permitió detectar que en dicho lugar se quemó cantidad considerable de encino y la presencia en la ceniza de carbones; huesos humanos que-

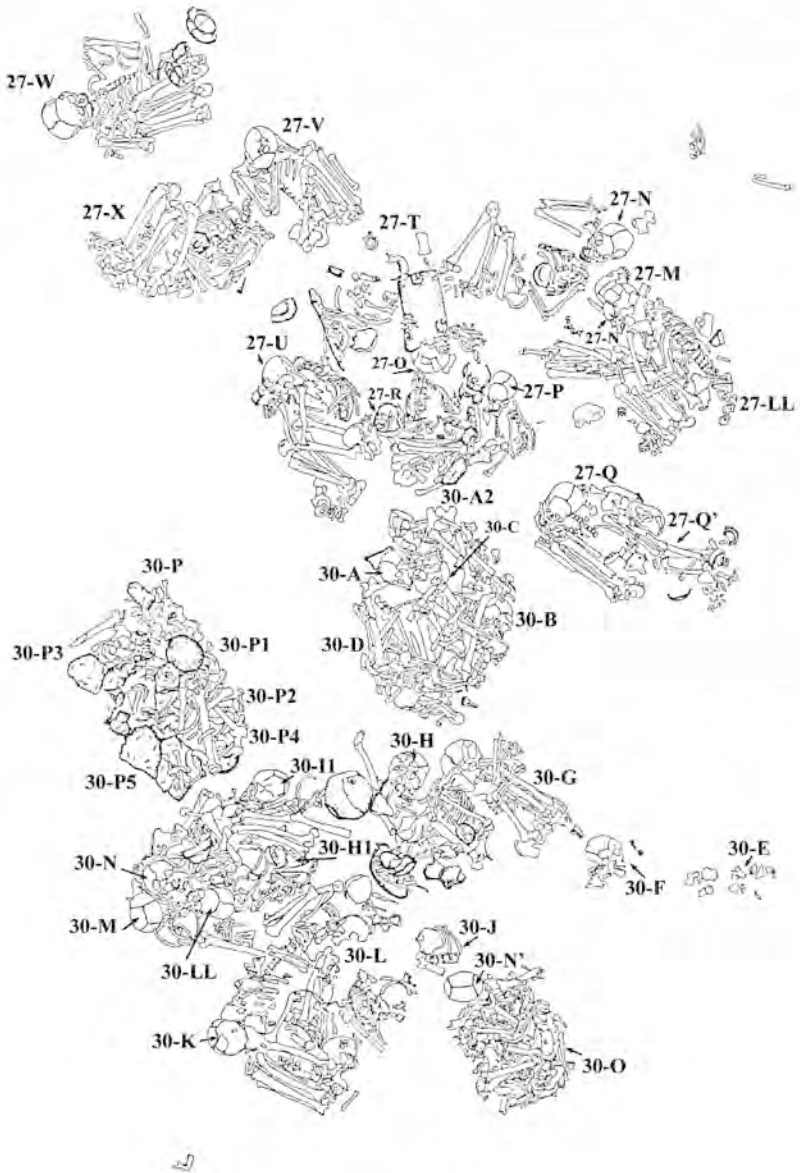


Figura 7.3: Plano de distribución de entierros localizados en la hoguera de la Plaza 3 del Sitio (Vargas y Pacheco).

mados; semillas de leguminosas; obsidiana verde y gris; fragmentos de mica y microfauna, además de restos de insectos, de papel amate y de plumas de aves, entre otros. Observa la Maestra Xelhuatzi (2002) que la presencia de pequeños moluscos gasterópodos, indica que los suelos tenían bastante humedad en el momento que se hizo la fogata, lo que lleva a concluir que la ceremonia fue realizada en la época de lluvias.

Previamente se habían localizado al explorar los vestigios de la hoguera, objetos metálicos de manufactura europea, un anillo, clavos y ganchos (véase figura 7.2 a, b y c) entre otras cosas. Los restos óseos que se recuperaron en la ceniza corresponden a cuarenta personas y fueron dispuestos en varios grupos (véase figura 7.3) algunos de los cuales integraban indígenas, europeos y negros (Martínez Vargas 1991; 2000, 2005). Los grupos que se van a analizar en este trabajo son los que integraron personas de raza negra, se pudo identificar su presencia en los entierros múltiples 27 y 30, que estaban cercanos.

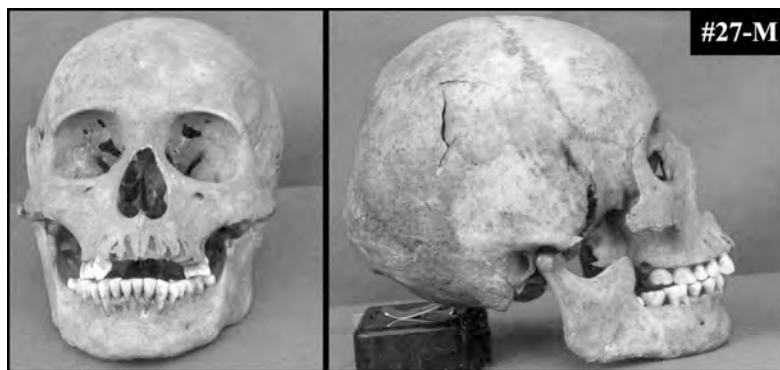


Figura 7.4: Cráneo femenino de una persona enferma de raza negra (entierro 27M) que fue ofrenda con los restos de otras tres personas (Foto Vargas y Pacheco).

El entierro 27 estaba integrado por cuatro individuos: 27N; 27LL; 27M y 27Ñ (véase figura 7.3) los dos primeros estaban en un mismo nivel y bajo de ellos los otros dos entierros. El análisis se realizó de abajo hacia arriba, en la parte inferior del grupo se encontró el entierro 27Ñ, corresponde a parte del cuerpo de una persona indígena de sexo femenino que fue desmembrada, se localizaron solamente húmeros, fémures, la pelvis y el cráneo.

Luego se colocó el entierro 27M, corresponde a una persona negra de sexo femenino, con una edad entre 20 y 25 años. Las características morfológicas del cráneo (véase **figura 7.4**) abertura nasal ancha; anchura facial muy ancha, perfil nasal achatado y dientes que no son de pala, permitieron establecer la raza a la que pertenecía. Su posición era de decúbito lateral derecho, fue decapitada y la cabeza colocada posteriormente viendo al este. Como elemento principal del grupo se le asociaron en calidad de ofrenda los otros tres entierros.

Presenta patología, huellas de corte en las extremidades y evidencia de haber estado expuesta al calor. A la altura de las articulaciones tenía una serie de navajillas prismáticas, lo que pudiera significar que fue punzada en un ritual de autosacrificio en algún momento de la ceremonia. Este tipo de acto era parte de los rituales destinados a personajes y dioses, se observa su práctica también en animales representados en algunos códices.

Posteriormente se dispuso el Entierro 27LL (véase **figura 7.3**) colocando el cráneo en contacto con el de la negra (27M) el estudio anatómico permitió determinar que los huesos son de una persona indígena, adulto joven de sexo femenino. Aunque el esqueleto estaba en posición anatómica carecía del fémur y coxal izquierdo, existe la posibilidad que se lo reservaran como trofeo. Presenta huellas patología, de cortes en algunos huesos largos y de haber estado expuesta al calor. Asociadas a las articulaciones estaban colocadas, como en la mayoría de los inhumados en la hoguera, una serie de navajillas prismáticas, lo que pudiera significar, como se indicó, evidencia de autosacrificio.

El Entierro 27N (véase **figura 7.3**) corresponde a una adolescente (12 años) con características antropomorfas europeas, tiene huellas de enfermedad en el cráneo y de corte en los extremos de los huesos largos, posiblemente producto de los trabajos de descarnamiento, además de evidencia haber estado expuesta al calor. El esqueleto se encontró completo, en posición de decúbito dorsal con las piernas flexionadas, tenía en las articulaciones navajillas prismáticas. Los restos pudieran corresponder a una de las mujeres europeas que integraban la caravana proveniente de la costa de Veracruz.

A partir de las observaciones en campo se concluyó que el Entierro principal era el 27M y que los otros le fueron colocados como ofrenda, por lo que es probable que al momento de su inhumación recibiera un trato especial.

Otro grupo de restos óseos con variedad étnica fue el Entierro Múltiple 30 (véase figura 7.3) ya que en tres de los inhumados se identificaron rasgos de personas de raza negra: 30F; 30LL y 30N. El primero de ellos (30F) es un cráneo con las cinco primeras vértebras cervicales (véase figura 7.5) de una persona de sexo femenino adulta, que fue expuesta al calor, después de la decapitación ritual sus restos fueron descarnado y los huesos sepultados en la ceniza de la hoguera. Las características del cráneo permitieron determinar su raza: anchura de la abertura nasal, dientes que no son de pala, perfil nasal achatado y leve prognatismo.



Figura 7.5: Cráneo de una de las mujer de raza negra (entierro 30F) que fue sacrificada en Zultépec-Tecoaque e inhumada en los vestigios de la hoguera ceremonial (foto Vargas y Pacheco).

Presenta este cráneo huellas de corte sobre hueso perpendiculares a la inserción muscular occipital, así como en la sección interna y externa de las ramas ascendentes de la mandíbula, por lo que se supone que fue descarnado. La persistencia de la posición anatómica de las vértebras significa que los ligamentos se conservaban cuando fue depositado en el rescoldo y que no fue mucho el tiempo que pasó entre la muerte y su colocación en la ceniza. Fue puesto aparentemente aislado, como ofrenda le colocaron tres costillas y un omóplato humano, que también estuvieron expuestos al calor.



Figura 7.6: Entierro 30LL, corresponde a los restos de una mujer joven de raza negra con huellas de cortes (Foto Vargas y Pacheco).

En Entierro 30LL está asociado a un conjunto de huesos desarticulados. Corresponde a un cráneo humano sin mandíbula (véase figura 7.6) de un adulto joven de sexo femenino con una edad aproximada de 20 años. Debido al tamaño de la abertura nasal, perfil chato y tipo de dentadura, se consideró de raza negra. Presenta este cráneo huellas de haber estado expuesto a calor directo; cortes sobre el hueso occipital, perpendiculares a la inserción muscular; en los arcos supraorbitarios y en los huesos temporales, producto del descarnamiento al que fue sometido. La persona fue decapitada y después de ingerir parte de su carne sus restos colocados en la ceniza de la hoguera, como ofrenda al entierro principal (30 M) junto con el entierro 30 F.

El Entierro 30N (véase figura 7.3) es parte del conjunto de huesos en donde se encontró el entierro anterior (30LL). Corresponde al cráneo de un adulto joven, con una edad entre 20 y 25 años, de sexo femenino y de raza negra (véase figura 7.7) considerando el tamaño de su abertura nasal, el perfil chato y dientes que no son de pala. Presenta evidencia de exposición al calor y de cortes en la rama ascendente izquierda de la mandíbula, tanto en el lado exterior como en el interior, en la parte interna de la rama ascendente derecha; en la escama del hueso temporal derecho y en la inserción muscular del occipital, concluyéndose que fue decapitada y después descarnada, posiblemente para ingerir su carne como parte de un ritual.

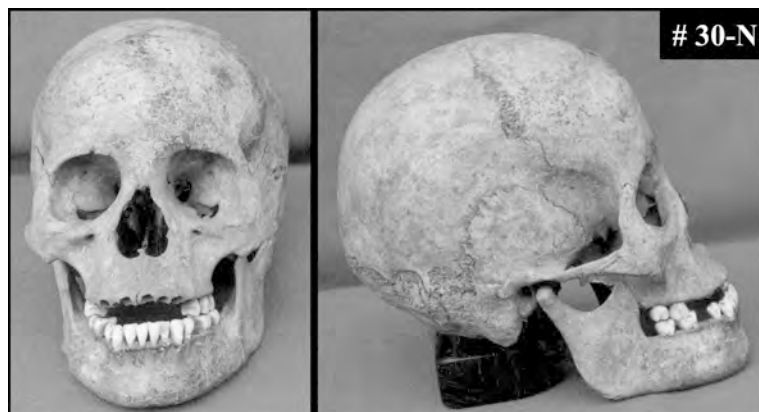


Figura 7.7: Cráneo de una mujer de raza negra que fue sacrificada y colocada con otra negra como acompañantes de un guerrero (Foto Vargas y Pacheco).

Este cráneo fue colocado, junto con el cráneo 30LL, a manera de ofrenda y cubierta protectora del Entierro 30M (véase figura 7.3) lo que destaca la importancia que tenía el individuo del entierro principal, así como de las mujeres de color que lo acompañaban. Cabe la posibilidad de que la carne de las mujeres de raza negra y del guereero, no haya sido ingerida por la mayoría de los asistentes a la ceremonia, sino por un grupo selecto de sacerdotes y miembros del grupo gobernante del lugar.

El Entierro Principal 30M (véase figura 7.3) pertenece a una persona adulta de sexo masculino, con características que permiten establecer que era un hombre fuerte, posiblemente guerrero. Fue

colocado flexionado de decúbito lateral izquierdo, presenta huellas de corte en los huesos largos y cráneo, además de haber estado expuestos al calor. Detalle especial y único fue la presencia entre sus manos de dos orejeras de obsidiana bien trabajadas (véase figura 7.8). Las orejeras le fueron retiradas después de su muerte y colocadas en sus manos al momento de la inhumación, posiblemente como respeto a su rango aún después de muerto.

Al investigar sobre la posible identidad del inhumado, se encontró en el libro de Riva Palacio, tal como se cito, la mención de que entre los sacrificados en el sitio se encontraba un hijo de *Mexixcá-tzin*, Señor de Ocotelulco, Tlaxcala. Considerando las características físicas y el respeto a su rango de guerrero con que fue sepultado el personaje, entre los restos de la hoguera, existe la posibilidad de que el esqueleto pudiera corresponder al del hijo del gobernante de uno de los Señoríos de Tlaxcala, pero es sólo una hipótesis.



Figura 7.8: Esqueleto de un guerrero tlaxcalteca con las orejeras de obsidiana en las manos (foto Vargas y Pacheco).

El Entierro 30P2 (véase figura 7.3) fue localizado en el mismo contexto, cercano a los entierros descritos, formando parte de un conjunto de huesos desarticulados. Corresponde este entierro a una sección del esqueleto de una persona que fue desmembrada, las partes recuperadas son: cráneo (véase figura 7.9) y algunos huesos del esqueleto postcranial: húmeros y radios, fémures, tibias y peronés de ambas piernas y dos omoplatos, todos con evidencia de exposición al fuego. La persona fue sacrificada por decapitación y descarnada, luego se colocaron los huesos en la ceniza. Es adulto medio, 25 años aproximadamente, de sexo femenino; presenta huella de una lesión traumática en forma de surco en el parietal del lado derecho y evidencias de periostitis en un grado avanzado, lo que posiblemente le dificultaba caminar.



Figura 7.9: Cráneo de una de personas que integraban la caravana proveniente de Veracruz, corresponde a una joven adulta de raza negra (foto Vargas y Pacheco).

Las huellas de corte se observan en los huesos largos, en las ramas ascendentes de la mandíbula y en la región de la inserción muscular occipital, todas ellas producto del descarnamiento del individuo. Destaca en el cráneo la abertura nasal bastante ancha; perfil chato y cierto prognatismo, lo que permitió concluir que la persona era de raza negra. Resulta importante indicar que asociadas a los sacrificados, entre la ceniza, se localizaron unas navajillas prismática que debieron estar asociadas al entierro.

La persona, aún con su enfermedad evidente, fue sometida a varios rituales y finalmente su carne fue ingerida por los asistentes a la ceremonia. El golpe que presenta en el cráneo pudo haberle causado la muerte, es la única que presenta evidencia tafonómicas de violencia, es posible que lo haya recibido al momento del sacrificio, considerando que difícilmente hubiera sobrevivido si lo hubiera recibido antes. Los restos de la negra fueron dispuestos con los de otros individuos, que fueron también sacrificados.

Acompañaban además al entierro principal los restos de un niño, Entierro 30H1 (véase figura 7.3) y el entierro 30I-1. El primero de ellos tenía una edad de entre diez y doce años, fue sacrificado, desmembrado y luego ingerida su carne. Presenta evidencia enfermedad grave, hiperostosis porótica causada por procesos infecciosos, parasitosis y un desbalance en la dieta (Lagunas y Hernández, 2000: 90). Los restos del niño fueron colocados dispersos dentro del mismo grupo, sin embargo faltan algunos de sus huesos.



Figura 7.10: Sahumador de barro con imágenes de Xólotl, manifestación de Nanahuatzin, dios bubosillo gemelo de Quetzalcóatl, que se inmoló en la hoguera divina para emerger como el Sol (foto Vargas y Pacheco).

El Entierro 30 (I-1) (véase figura 7.3) también acompañaba al Entierro 30M, le fue colocado en calidad de ofrenda a los pies. Corresponde a parte del cuerpo de una indígena adolescente, está integrado por el cráneo; clavículas y omoplatos; columna vertebral con ausencia del sacro; el humero derecho; algunas costillas y las manos, Presenta huellas de corte en el cráneo y en el humero, lo que permite señalar que se efectuó desmembramiento y descarnamiento de algunas partes del cuerpo, con posible ingestión de su carne. Se observa una ligera deformación craneal del tipo tabular erecta en su variedad plano lambdaica y patología en sus restos óseos, lo que lleva a concluir que la persona estaba bastante enferma, además presenta osificación progresiva de las vértebras que le impedía caminar erguida. Es posible que su estado de salud fuera la razón de su integración al grupo de sacrificados en esta ceremonia.

Entre la ceniza y huesos de los inmolados, se encontró una vasija tipo sahumador con la doble figura de *Xólotl* (véase figura 7.10) manifestación de *Nanahuatzin*, el bubosillo, numen enfermo que se inmoló al lanzarse en Teotihuacán a la hoguera divina para renacer como sol.

7.3 Interpretación de los datos arqueológicos del Entierro # 30

Considerando las características que presentan los restos óseos; materiales asociados y cantidad de sacrificados, se puede afirmar que la ceremonia tuvo mucha importancia y que fue realizada con los cautivos tomados de la caravana por los habitantes de *Zultépec-Tecuaque*. La captura tiene que haber ocurrido entre el 24 de junio, fecha en la que quedó Cortés sitiado por los mexicas en *México-Tenochtitlán* y su llegada, después de la llamada “noche triste”, a Hueyotlipan, Tlaxcala, el domingo 8 de julio (Riva Palacio, *op. cit.*: 425) en donde fue recibido por los tlaxcaltecas e informado de los hechos.

Por el análisis de la ceniza del contexto se infiere que la ceremonia, como se mencionó, se realizó durante época de lluvias. Después de preparar el espacio en donde se iba a realizar el ritual se colocó mucha leña además de papeles y plumas, cuando quedó en la hoguera cantidad considerable de ceniza y brasas con alta temperatura (rescoldo) fueron lanzados los cautivos, después fueron sacados para sacrificarlos por extracción del corazón e ingerir ciertas partes de los cuerpos. Concluida la ceremonia volvieron a colocar los restos óseos de los inmolados en la ceniza, acompañados de algunos objetos personales, en un ritual de enterramiento.

El sacrificio de los capturados debió haberse realizado entre los meses *Tecuilhuitontli* y *Tlacaxipehualiztli* del calendario náhuatl (junio de 1520 a marzo de 1521 del calendario gregoriano) sin embargo los datos arqueológicos y las fuentes históricas permitieron establecer con mayor exactitud la época del sacrificio del grupo localizado en la hoguera A partir de lo indicado se concluyó que dicha ceremonia se efectuó durante la celebración de la fiesta de *Xócotl Huetzi*, que era la gran fiesta de los muertos, que se celebró entre el 11 de agosto y el 30 del mismo mes. Señala Sahagún (*op. cit.*, lib. II, cap. XXIV: 28-129) que en esta festividad se celebraba al Numen del Fuego; sin embargo también se consideraban otras deidades, entre ellas a *Páinal*, frente a quien sacrificaron en esa ocasión a los cautivos de guerra.

Páinal estaba asociado directamente con *Huitzilopochtli*, teniendo la función de motivar a la gente para la guerra, razón por la cual se le sacrificaban cautivos. Describe Sahagún (*ibidem*) que entre los preparativos de la celebración se levantaba un árbol en una plaza, que era decorado entre otros por los sacerdotes llamados *cuacuacuiltin*. Los miembros de la caravana enfermos que habían de ser sacrificados fueron pintados y adornados con papeles, además les colocaron bezotes de plumas, significando tal vez su posición de cautivos.

Al día siguiente posiblemente fueron llevados al *tzompantli*, que estaba colocado frente a la fachada del templo principal del lugar, los sacerdotes les quitaron a los cautivos todos los papeles del ador-

no y sus atavíos, dejándolo desnudos, lanzado todo lo quitado al fuego. Luego de estar frente a la escultura de *Páinal*, subieron los sacerdotes al lugar en donde los habían de sacrificarlos, llamado *Tlacacohuan*.

Descendieron los que los iban a echar al fuego y les tiraron en la cara un polvo que sacaron de sus talegas, al que llama Sahagún “incienso” (Ibidem) después de atarlos de pies y manos, los levantaron y cargándolos los llevaron a la plaza en donde estaba la hoguera. Cabe destacar que en la imagen de la fiesta de Sahagún en *Los Primeros Memoriales* (Jiménez Moreno, 1974, lámina 2, figura 10) la celebración se está realizando en una plaza, en la que destaca un espacio rectangular con fuego y dentro de él a un cautivo (véase figura 7.11) se ven además dos personas cargando a otro cautivo para lanzarlo también al fuego.



Figura 7.11: Representación de la fiesta de Xócotl-Huetzi en la lámina 2 Figura 10 de los Primeros Memoriales de Sahagún. Se observa el lanzamiento de cautivos en la hoguera (Jiménez Moreno, 1974, lámina 2, figura 10)

Al caer los cautivos a la fogata se les ampolló la piel, aún vivos fueron sacados y llevados para extraerle el corazón al templo circular de *Ehécatl-Quetzalcóatl*, dios que dada las circunstancias sustituía a *Huitzilopochtli*, en su calidad de numen solar. Después del sacrificio se hicieron cargo de los cuerpos los *cuacuacuiltin*, que eran los sacerdotes encargados de desmembrar los cuerpos de los cautivos sacrificados y repartirlos entre los asistentes a la ceremonia, según anota Sahagún (Robelo, 1982: 131-132) luego indica que se iban todos a comer. La ingestión de la carne de los sacrificados fue una manera, como se señaló, de trasmigrar la energía y la esencia de los cautivos a ellos mismos.

La descripción de Sahagún permite inferir los rituales de los que formaron parte algunos negros, con otros miembros enfermos de la caravana, que fueron llevados a *Zultépec-Tecuaque*, especialmente la forma de sacrificio al que fueron sometidos. Las evidencias arqueológicas permiten suponer que durante dicha celebración, los destinados al sacrificio cumplieron todos los pasos señalados en la liturgia náhuatl.

Es posible suponer también que a los restos de los negros se les diera un trato especial, debido tanto a su color como a sus características antropomorfas, aunque alguno fue ofrendado con restos humanos en su mayor parte fueron colocados como ofrenda a otros entierros de guerreros importantes. Ejemplo de lo indicado es el caso del entierro 30M, al que le fueron asociados además de otros entierros, a manera de cubierta protectora, los restos de dos negras, las cuales fueron sacrificadas por extracción del corazón y luego desmembradas para ingerir ciertas partes de sus cuerpos.

La presencia de *Xólotl* presidiendo la ceremonia acaecida en la hoguera, hace recordar el mito de la creación del Sol y el lanzamiento de dios bubosillo al horno divino, del cual emergió convertido en Sol. Las características del ritual realizado en *Zultépec-Tecoaque* definen el carácter solar del mismo, constituyendo además una hierofanía de un modelo arquetípico que se efectuó al inicio de los tiempos y que se revivió al realizar el ritual, permitiendo a los participantes integrarse a lo sagrado (Eliade, *op. cit.*, 54-55).

Debe ser considerado también en este análisis el numen festejado en esa ocasión, *Xiuhtecutli*, que está relacionado también con el Sol debido a que purificó al dios enfermo, *Nanahuatzin*, para que pudiera convertirse en el astro. Por lo mismo es posible que se diera la purificación de los sacrificados enfermos por medio del fuego, para que pudieran ir al paraíso de *Huitzilopochtli*. Resulta importante reflexionar sobre la valor simbólico de los sacrificados, ya que después de muertos y purificados por el fuego, tuvieron un destino mítico al integrarse, de cierta manera, en calidad de guerreros al Sol.

7.4 Datos arqueológicos del Entierro # 6

El entierro múltiple (6) corresponde a catorce cráneos que presentan oquedades semicirculares en los huesos temporales y parte de los parietales. Esa característica define a los cráneos que estuvieron expuestos en un *tzompantli*, altar formado por varas, en el cual se colocaban en hileras los cráneos de ciertos cautivos con características especiales.



Figura 7.12: Nicho rectangular ubicado en la plataforma inferior del templo principal del sitio, se observan en su interior los cráneos que estuvieron expuestos en el *tzompantli* (foto Vargas y Pacheco).



Figura 7.13: Cuauhxicalli fitomorfo que fue fracturado para cubrir los cráneos de los sacrificados que se expusieron en el sitio de Zultépec-Tecoaque (foto Vargas y Pacheco).

Después de quitarlos del altar fueron depositados en un nicho rectangular (véase figura 7.12) localizado al sur de la plataforma desde donde se desplanta el templo dedicado a *Ehécatl-Quetzalcóatl*. Fueron dispuestos en cuatro diferentes niveles y cubiertos con una vasija ceremonial fragmentada. El *cuauhxicalli* fitomorfo posiblemente sirvió para colocar las cabezas de los sacrificados después de la ceremonia, además para trasladarlas al lugar en donde iban a ser descarnadas e integradas al altar.

La pieza cerámica (véase figura 7.13) al parecer tuvo funciones muy importantes por largo tiempo, debido a que durante las labores de integración de los fragmentos se observó que presenta antiguos trabajos de restauración, varias capas de estuco blanco y sobre de ellas la decoración, además de una oquedad en la base, lo que le impedía contener líquidos. Está pintada y decorada con motivos al pastillaje, de flores y brotes de renuevo de la planta del maguey azules y espinas blancas con una banda ancha de color rojo en su base. Las aplicaciones de la pieza suman un total de cincuenta y dos elementos, número que está relacionado con el *Xiuhmolpilli*, atado o ciclo de los cincuenta y dos años de la cuenta náhuatl, cuando el Sol también corría peligro de no volver a salir.

En el cuello de la vasija se observa una banda ancha de color rojo con dos pequeñas líneas blancas de donde brotan especies de plumas negras, símbolo del cuchillo de sacrificio, destacando en el borde de la pieza la representación de espuma de pulque. En su base se observa líneas rojas sobre el fondo blanco, esto último lleva a relacionar la pieza con los *huahuantli* o rayados, que eran los cautivos sacrificados destinados al Sol (Sahagún, *op. cit.* lib. II, cap. XXXIV: 143).

Al realizar el estudio de los cráneos se observó que presentaban diferentes estados de conservación y huellas de interperismo en su parte superior, lo que permitió establecer su exposición al Sol y al medioambiente. Los que estuvieron colocados en la sección superior del altar estaban más afectados que otros, por el contrario los dos que estaba en la parte inferior, que fueron los primeros en ser depositados durante su inhumación, estaban completos (véase

figura 7.12). Después de evaluar los cráneos se concluyó que en el grupo existía variedad étnica, pudiéndose definir la presencia de dos grupos: amerindios o mesoamericanos (formado por tlaxcaltecas; totonacos y un otomí) y de extraños a Mesoamérica, de origen europeo y una persona de raza negra (véase figura 7.14).

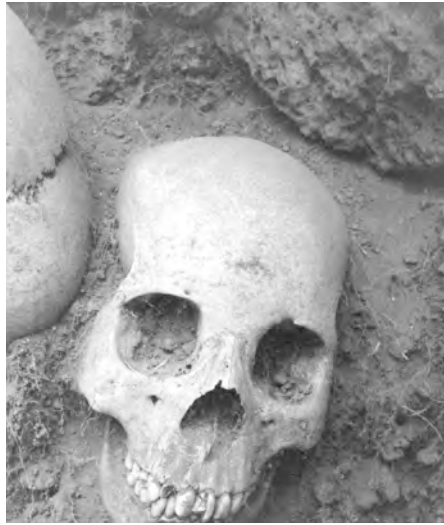


Figura 7.14: Cráneo de mujer joven de raza negra que estuvo expuesto en el tzompantli del sitio acompañando a un guerrero tlaxcalteca (Foto Vargas y Pacheco).

Es probable que fueran sacrificados en un lapso no mayor de veinte días, después los cráneos fueron colocados en pares en el *tzompantli* (véase figura 7.15) según se dedujo de las huellas de interperismo, los hombres al centro y las mujeres en los extremos de las varas. Se pudo concluir que iban subiendo de acuerdo a la desintegración que sufrían los colocados en la parte superior, que habían iniciado su ascenso desde abajo, como una forma simbólica de llegar a las regiones superiores de la estructura de su universo.

La mitad de los cráneos corresponden a personas de sexo femenino, cinco europeas, una indígena mesoamericana y la negra, las que probablemente fueron consideradas guerreras por el valor con el cual enfrentaron a los indígenas. Los otros siete son masculinos de indígenas,

se caracterizan por pertenecer a jóvenes sanos y fuertes, posiblemente guerreros. Los catorce cráneos estuvieron expuestos en el altar formando parejas de adultos jóvenes, de 25 a 30 años de edad, es posible que sus características físicas y estado de salud propiciaran su elección para formar parte del *tzompantli*. Para la identificación de la negra se consideró la morfología del cráneo, además de utilizar la fórmula propuesta para identificar sexo y grupo racial por Toribio, Rubén y Rivero de la Calle (1995) del Instituto Forense de Cuba.



Figura 7.15: Reconstrucción de la posición de los cráneos de los sacrificados en el Tzompantli de Zultépec-Tecoaque (Vargas y Pacheco)

Los dos primeros colocados en la fosa (6a y 6c) conservaban la mandíbula, debido a que aún preservaban los tendones cuando fueron inhumados, infiriéndose que fueron los últimos en ser colocados en el altar. El primero de ellos (6a) es masculino y corresponde a un indígena probablemente tlaxcalteca adulto joven (25-30 años de edad) con deformación craneal tipo tabular erecta en su variedad plano lambda. Presenta

trepanación en los temporales y parte del parietal, además de huellas de corte en el occipital y en la mandíbula, lo que permite suponer que después de su sacrificio fue descarnado.

El cráneo de la mujer (6c) tal como se indicó, presenta características que no son de una persona indígena (véase figura 7.16) con una edad entre los veinte y veinticinco años, la forma de los dientes asociada al prognatismo y abertura de las fosas nasales permitieron establecer que dicho cráneo correspondía a una persona de raza negra, que fue decapitada, desollada y posteriormente descarnada. Las oquedades laterales fueron realizadas trepanando el temporal y parte del parietal, logrando mediante dicho trabajo un espacio que permitiera el paso de las varas.

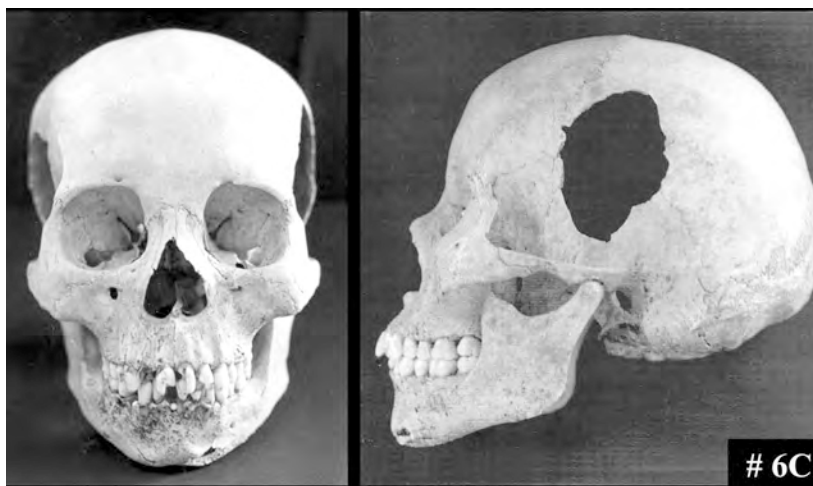


Figura 7.16: Cráneo de la única mujer de raza negra que estuvo expuesta en el altar de calaveras del sitio (Foto Vargas y Pacheco).

Otras huellas de corte se localizan en el hueso occipital, posiblemente con el fin de cortar la inserción muscular occipital, y en ambas ramas ascendente de la mandíbula, destinados a limpiar el cráneo de todo vestigio muscular. El sacrificio de la persona fue realizado en la parte superior del templo circular sobre el *téhcatl* o piedra de sacrificio, con un cuchillo de sílex, que fue localizado en una oquedad del acceso al templo acompañado con fragmentos de copal.

7.5 Interpretación de los datos del Entierro # 6

Considerado el tiempo de cautiverio de los miembros de la caravana, las características del sacrificio y la descripción de los rituales en algunas fuentes históricas, se debe sopesar la posibilidad de que dicho ritual se halla efectuado en el décimo quinto mes del calendario religioso, llamado *Panquetzaliztli*. Lo rituales preparatorios para dicha celebración se iniciaban desde cuatro meses antes, en *Ochpaniztli*, onceavo mes (Sahagún *op. cit.* lib. II, cap. XXXIV: 142).

Este festejo se caracteriza por la participación de parejas o pareados según señala Sahagún (Ibidem: 143) era fiesta de los mercaderes y se celebraba a *Huitzilopochtli*, dios de la guerra. Nueve días antes de que sacrificaran a cautivos y esclavos los bañaban delante del templo de *Huitzilopochtli* mojándoles las ropas que traían, probablemente en un sentido de purificación, luego les pintaban el cuerpo y aderezaban con papeles.

Después de cuatro días de ayuno, de bailar en parejas y de haber dado regalos a los invitados, mataban a cuatro cautivos, en el caso de *Zultépec-Tecoaque* la cantidad de sacrificados fue mayor, lo que estuvo relacionado posiblemente, con las circunstancias históricas que vivían los pueblos mesoamericanos. A los sacrificados se les extraía el corazón en el templo de *Huitzilopochtli*, en este caso fue en el templo de *Ehécatl-Quetzalcóatl*, primero se inmolaba a los cautivos y luego a los esclavos, reflejando un orden en la importancia y jerarquía de los cautivos.

La negra y los prisioneros que participaron en esta fiesta fueron elegidos considerando ciertas características que ya se indicaron, sin ningún tipo de discriminación. La primera al parecer tuvo un trato preferencial, ponderando la importancia del numen celebrado y del momento de crisis que vivían los indígenas por la presencia de los extranjeros en su territorio. Es posible además que el guerrero al que acompañó la negra, fuera un individuo especial, ya que fue el único que recibió ese tipo de acompañamiento y de distinción.

Considerando las implicaciones sociales que tenía en sacrificio, es importante señalar que el único lugar del asentamiento en donde se podían realizar ese tipo de rituales era en el templo principal,

lugar en el que debido a su sacralidad era posible quitar la vida de los cautivos sin infringir ninguna norma.

Indica Nájera (1987: 170.177) que la decapitación está ligada a la obtención de cabezas trofeos y actividades militares. En este caso se mezclan ambos fines, ya que además de obtener las cabezas de los enemigos extranjeros y mesoamericanos, para su exhibición en el *tzompantli* como una hazaña de guerra, entrañaba la importancia de la captura de algunos de los extranjeros que habían invadido su territorio, irrespetado a las imágenes de sus dioses y a sus creencias, poniendo en peligro su estabilidad y la de su mundo.

De ahí la solemnidad de dicha festividad en 1520, fue un acto mediante el cual se pedía al numen además de ayuda en la conservación del equilibrio de su mundo, la trasmigración de la fuerza y valentía de los sacrificados a sus captores. Con la sangre de los sacrificios se buscó además fortalecer a las deidades rectoras del sitio y a la comunidad, dándole continuidad al movimiento del Sol, en especial considerando que en esas fechas, durante el Solsticio de Invierno, el astro se encuentra en su punto más lejano de la tierra, con el peligro de no regresar.

7.6 A manera de conclusiones

Las evidencias localizadas en los contextos arqueológicos de *Zultépec-Tecoaque* permiten sustentar la captura de los miembros de la caravana en la región de Calpulalpan. Se detectaron pruebas contextuales que sustentan la hipótesis de que algunas personas de raza negra, junto con otros cautivos, fueron sometidas a rituales ceremoniales, durante los cuales fueron sacrificadas y ofrendadas a númenes relacionados con la guerra.

Las evidencias del sacrificio de los negros, hispanos e indígenas mesoamericanos, lesiones e intervenciones físicas *postmortem*, cortes finos, poco profundos y bien realizados con navajillas de obsidiana (Pijoan y Mansilla, 1997: 197) permiten establecer que los realiza-

ron especialistas, traídos posiblemente de *México-Tenochtitlán*, dada la solemnidad de los rituales y de los sacrificados.

Un grupo, en su mayoría de enfermos, fue sometido al calor en distintos grados, de acuerdo a su posición en el rescoldo de la hoguera, después de su purificación por el fuego su carne fue ingerida. Dadas las evidencias es posible considerar que en este caso se realizó una ceremonia sustentada en el mito de la creación del Sol, repitiendo un modelo ancestral o arquetipo originado en los albores del tiempo (Eliade, *op. cit.*). Con la ceremonia se estaban reproduciendo actos rituales pasados, en los cuales los protagonistas originales eran los dioses creadores, quienes con el ofrecimiento de su sangre y vida dieron origen al universo y a sus pobladores. Tal modelo corresponde a la concepción nahua del origen del universo, de la muerte se origina vida y por el contrario la vida en sí entrañada la muerte.

Resulta importante destacar que la ingestión de carne humana no tuvo fines alimenticios ni estuvo relacionada con algún tipo de patología social (Turner II, Ch. y Turner II, J., 1997: 244) era una costumbre establecida en Mesoamérica en relación a la guerra, normada por un código ancestral, supervisada por sacerdotes destacados y por los grupos de poder en la sociedad en que se efectuaban. El acto tuvo un sentido ritual, lo que se sustenta en la información recuperada en los contextos arqueológicos investigados, al haber identificado las evidencias tafonómicas así como el área en donde fueron quemados y posteriormente inhumados de manera cuidadosa, con dignidad y respeto.

Cabe señalar además que la información histórica y los datos obtenidos en los contextos arqueológicos explorados se complementaron, permitiendo identificar las fiestas y reconstruir los actos ceremoniales que se realizaron en *Zultépec-Tecoaque* al inicio de la conquista de México. En cuanto a la intensidad y dimensión de los rituales, como se ha venido reiterando, la crisis que estaban viviendo los indígenas lo ameritaba, su mundo ancestral estaba en peligro de desaparecer bajo la fuerza de los conquistadores y con ello su cultura, en tales condiciones todo acto tenía el fin último de salvar su mundo.